

*Un
océano
en el
armario*

YUKO TANIGUCHI



DEBOLSILLO

Índice

[Cubierta](#)

[Un océano en el armario](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori](#)

Un océano en el armario
YUKO TANIGUCHI

Traducción de
Ana Mata Buil

www.megustaleer.com

Para mi madre y mi padre

NOTA DE LA AUTORA

Un océano en el armario es una obra de ficción basada en las historias reales de los niños que nacieron de la unión entre mujeres japonesas y soldados extranjeros en Japón después de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que la novela explora la dura realidad de la trayectoria vital de esos niños, primero durante el período de ocupación en Japón y después en Estados Unidos, adonde llegaron a través de la adopción internacional, todos los personajes y acontecimientos narrados son ficticios. Cuando alguien se marcha a un país extranjero, aunque triunfe y sea feliz en él, siempre siente angustia y añoranza por tener que vivir alejado de su hogar. Esta novela se ha inspirado en quienes han cruzado el océano y emprendido una vida nueva a la par que guardaban sus recuerdos de infancia cerca del corazón y tocaban en sueños la tierra que los vio nacer.

CANCIÓN DEL ÁRBOL
Inspirada en TreeSong de John Williams

*¿Quién cruzó el océano, con mis semillas en la mano?
Con la enorme fuerza
de quien se siente solo,
he echado mis raíces
en la tierra y he crecido
capa tras capa.
Siguen los círculos de mi interior...
Los primeros en hallarme han sido
los pájaros; la lluvia y la noche
me han empapado de oscuridad, hasta
el corazón mismo de mi ser,
que es un pequeño océano, mi recuerdo
más antiguo, que va y viene
como las olas.*

CORREO AÉREO

Entre todos los sobres marrones de facturas y cartas comerciales, el sobre de correo aéreo con la franja de rayas rojas y azules destaca dentro del buzón oscuro. Ocho sellos de Estados Unidos cubren la mitad del sobre y unas enormes letras mayúsculas reproducen mi dirección en una única línea larga, como si la persona que la ha escrito hubiese copiado una a una todas las letras de mis señas. La remitente es una tal Helen Johnson, de Tiburon, California. Se me acelera el corazón y el sonido del tráfico denso desaparece de mi mente. Abro con cuidado el sobre y extraigo la delgada cuartilla blanca.

15 de noviembre de 1975

Querido señor Hideo Takagawa:

Hola. Me llamo Helen Johnson. Tengo nueve años. Voy a la escuela católica Saint Mary. Mi hermano pequeño se llama Ken Johnson. Tiene seis años. También va a mi colegio. Creo que usted es el tío de mi mamá, que se llama Anna Johnson. ¿Se acuerda de ella? Mamá está enferma. Llora y se pone nerviosa por todo. Quiero ayudar a mamá. Me gustaría ir a visitarlo a Japón. El tío Steve me llevará a su casa. Por favor, dígame que me da permiso para ir a verlo. Se llama Steve Johnson.

Con cariño,

HELEN

Incluso después de haber leído todas las frases varias veces, sigo sin comprender bien el sentido de la carta. Anna. Qué extraño me resulta imaginármela como una mujer adulta, con una hija que se llama Helen. En mi recuerdo, ha continuado siendo una niña pequeña todos estos años.

«Llora y se pone nerviosa por todo.» ¿Qué significa eso? Me siento en la escalera de la entrada, apoyado contra la puerta. Noto en la madera las vibraciones provocadas por el sonido del contrabajo

con el que practica Chiyo dentro de casa, subiendo y bajando escalas. La voz oscura y grave del instrumento me sacude y me distrae; me gustaría que todo lo que se mueve a mi alrededor se detuviera de repente. Leo una y otra vez la carta de Helen, que contiene muchísimas mayúsculas; cada una de las letras parece el dibujo de una serpiente. Me levanto despacio y entro en casa; no le menciono la carta a Chiyo. Los pies me llevan a mi despacho de la planta superior y cierro la puerta.

«Creo que usted es el tío de mi mamá ... ¿Se acuerda de ella?» Recordar es como tocar la suavidad de una piel con cicatrices; una sensación de náusea gana fuerza en mi estómago, pero jamás podría olvidar a Ume. Me siento para contestar a Helen y a Steve Johnson. Me tiemblan las manos, pero sujeto la pluma con decisión y me obligo a escribir antes de que el vértigo se apodere de mí; antes de que cambie de opinión.

MAYO DE 1975

Mamá volvió a encerrarnos en el armario. Las primeras veces nos daba miedo la oscuridad, hasta que se nos ocurrió pensar en algo divertido, como una montaña enorme de helado de fresa en una bol, con nata montada por encima y sirope de chocolate resbalando desde la punta. Así dejamos de tener miedo de estar metidos en el armario, aunque el tiempo que permanecíamos allí seguía haciéndose eterno. El armario estaba abarrotado de perchas, abrigos de invierno de papá, gorras, guantes y bates de béisbol, cajas de plástico y Tupperwares. Yo me ponía justo debajo de los abrigos de papá, porque allí había un poquito más de espacio. Mamá ataba una cuerda alrededor de los tiradores de las puertas para que no pudiéramos abrir desde dentro. Algunas veces, si tenía ganas de ir al lavabo, daba una patada en la puerta, pero lo único que conseguía era que una lucecita se colara por una rendija. De vez en cuando, mamá se olvidaba de que estábamos en el armario, y entonces teníamos que esperar allí hasta que papá volviera a casa por la noche para que nos dejara salir. Aunque siempre nos parecía que tardaba mucho en llegar. A la hora de la cena, papá siempre era amable con mamá, la cogía de la mano y nos decía que teníamos que hacer lo que mamá nos mandase. Papá tenía una voz profunda que yo siempre imaginaba que salía del fondo del océano.

Sentí mucho que esta vez mamá hubiera castigado también a Ken. Él no había hecho nada, pero mamá nos había encerrado a los dos. Cuando estaba disgustada, no escuchaba a nadie. Su cuerpo temblaba como si tuviera frío, y lo único que quería era perdernos de vista. Yo no quería disgustarla. Lo único que hice fue mascar el chicle que me había dado Lisa después de clase. Sabía que no tenía que comer dulces. Mamá decía que el azúcar era un veneno, que nos dormía la lengua para hacernos sentir felices. Pero esa feli-

ciudad no era verdadera. Que no se te ocurra nunca comer azúcar. Es peligroso. Pero todos los niños del cole se pasaban el día comiendo caramelos, y yo quería una merienda normal, como una barrita de chocolate, por ejemplo. Lisa me dijo que solo íbamos a masticar el chicle, sin tragárnoslo. Así que pensé que no pasaba nada por metérmelo en la boca. La lámina fina y rosa de goma olía a fresa. La mastiqué y tragué el jugo dulce. Después de escupir el chicle en la calle, volví a tragar saliva muchas veces seguidas para quitarme el sabor dulce de la boca. Pero mamá se dio cuenta de lo del chicle en cuanto llegué a casa. Tiene un olfato de sabueso y lo utiliza para todo. Cuando lavaba nuestros pijamas, siempre se aseguraba de que el olor del cuerpo no se quedara pegado al algodón húmedo. Pero el pijama de mamá olía a su piel suave y a brisa de primavera. Me encantaba abrazarme a él. El pijama de papá solía oler al agua verde que usaba todas las mañanas para que el pelo se le quedara brillante y húmedo. Mi pijama no olía a nada.

Cuando entré en casa, mamá apretó la nariz contra mi cabeza, cara y pecho; olió el chicle de fresa. Le dije que solo lo había masticado, que no lo había comido.

—Pero te lo has metido en la boca.

Su nariz volvió a moverse.

—¿Qué querías que hiciera? Me lo ha dado Lisa.

Nunca le he mentado a mamá, porque mamá decía que los mentirosos se ahogaban en el océano. Nuestra casa estaba en lo alto de una colina de San Francisco, y desde allí veíamos el océano. Si no hubiera vivido tan cerca del océano, seguro que habría comido chocolate todos los días y nunca se lo habría dicho a mamá.

—Ese chicle no te lo ha dado Lisa. Lo has robado de la tienda de Polovick, ¿a que sí?

Mamá aplastó su cara contra la mía.

—No. Hoy ni siquiera he ido a la tienda.

Negué con la cabeza, pero mamá ya había agarrado el monedero y dijo que iba a llevarme a la tienda para que pudiera pedirle perdón al señor Polovick por haberle robado el chicle. Durante todo el

camino hasta la tienda de Polovick, seguí repitiéndole que no lo había robado, que podía preguntarle a Lisa si quería, pero no me escuchaba. Caminaba a paso rápido mientras tiraba de Ken y de mí. Ken estaba viendo la tele en la salita, pero mamá lo obligó a ir con nosotras. Vi cómo el cuello pálido de mamá se ponía de color rosa por el camino.

La tienda estaba abarrotada. Vi a nuestra vecina, la señora Hogan, de pie junto a la estantería de las manzanas. A la señora Hogan le gustaba recoger desperdicios como cucharas y platos de plástico para luego dárnoslos a Ken y a mí. Decía que tirar las cosas le ponía triste. No sé por qué le ponía triste. Mamá decía que la señora Hogan era una señora muy simpática, así que teníamos que ser simpáticos con ella, pero yo nunca la había visto con ninguna amiga que no fuera mamá. Siempre parecía a punto de echarse a llorar, porque tenía los ojos muy cerrados. Siempre llevaba un cigarro en la mano, y el aliento le olía a humo. Mamá se acercó a la señora Hogan y le dijo al oído que yo había robado chucherías.

—Ay, cariño, esta noche te dolerá la barriga si comes muchos caramelos.

La señora Hogan se acercó a mí y sonrió. Tenía los dientes amarillos. Me pareció que de la boca le salía aire marrón. Me llevé las manos a la nariz e intenté no respirar.

—Me miente. Insiste en que no lo ha hecho.

La voz de mamá fue subiendo de tono. Vi que algunas personas de la tienda empezaban a mirarnos.

—Pero es que no lo he hecho.

La miré a la cara.

La señora Hogan me dio una palmadita en la cabeza.

—No hagas enfadar a tu madre.

Mamá me agarró de la mano y me arrastró hasta que encontramos al señor Polovick en la sección del jabón. Entonces me empujó para que me quedara delante de él. El tendero abrió los ojos como platos y se apartó de mamá.

—Esta tarde mi hija ha robado un chicle de su tienda. Ahora se lo

pagaremos y la niña le pedirá disculpas.

Mamá se quedó mirándolo como si hubiera sido él quien había hecho algo malo. Me ardía el pecho. Tenía ganas de salir corriendo.

—No recuerdo haber visto a su hija en la tienda esta tarde. Siempre tengo un ojo puesto en la gente que entra. No, hoy no ha pasado por aquí.

El señor Polovick se encogió de hombros, pero mamá me empujó hacia él.

—Venga, ¡pídele disculpas al señor Polovick!

—No he hecho nada.

Tenía los ojos llorosos.

—Señora Johnson, hoy su hija no ha estado en la tienda.

El señor Polovick se quedó plantado delante de mamá.

—Pero yo sé lo que piensa en realidad, ¿eh? Piensa que mi hija sería capaz de robarle algo de la tienda. Nos espía continuamente.

Mamá lo miró con cara de pocos amigos. El tendero abrió la boca pero no dijo nada. Yo quería escabullirme. Mamá algunas veces se imaginaba que ocurrían cosas. Cuando se enfadaba mucho entraba en otro mundo, en el que no hacía caso de nadie, y pensaba que todos la espaban. La gente la miraba con malos ojos porque era medio japonesa, decía mamá. Pero era mamá quien miraba fijamente a la gente. Miraba cómo la miraban, e incluso cuando las personas sencillamente volvían la vista en dirección a ella, pensaba que la estaban espando.

El señor Polovick sabía que yo no había robado el chicle, pero mamá le puso una moneda de cinco centavos en la mano y tiró de Ken y de mí para que saliéramos de la tienda. En el camino de vuelta a casa estaba tan histérica que le temblaban las manos. Dijo que yo no entendía nada, que tenía que andarme con cuidado porque la gente nos espaba y el azúcar nos haría hacer cosas malas y, si no le hacíamos caso, no podría protegernos. Pero yo no había robado nada.

En cuanto llegamos a casa, dijo que iba a meterme en el armario. Mamá me empujó hasta empostrarme en mi rincón habitual, y des-

pués lanzó a Ken encima de mí y cerró la puerta. Ató los tiradores con una cuerda. Ken se echó a llorar. Yo también tenía ganas de llorar. Intenté pensar en el helado con sirope de chocolate, pero estaba demasiado enfadada. Ken y yo dimos patadas a la puerta y llamamos a mamá.

—¡Basta!

Volvió a cerrar las puertas.

—¡Ya no me da miedo quedarme en el armario! —grité con todas mis fuerzas.

—Pues verás cuando llegue Shizuka.

Mamá volvió a cerrar las puertas de golpe.

—¿Shizuka?

—El fantasma de Shizuka vive en el armario. —Mamá estaba atando una segunda cuerda alrededor de los picaportes—. Murió hace cientos de años en el pueblo de vuestra abuela. La abuela siempre decía que el fantasma de Shizuka vive dentro del armario.

Mamá me había contado una vez que la abuela era japonesa y se llamaba Ume, que significa «ciruelas». ¡Qué raro eso de ponerle el nombre de una fruta a una niña! A mí no me gustaría que me llamaran Manzana o Melón. Ume es mi segundo nombre. Me llamo Helen Ume Johnson. Nunca me ha gustado Ume. Suena como si te ahogaras. Mamá decía que no recordaba muchas cosas de la abuela porque había muerto cuando ella era pequeña. Pero, entonces, ¿cómo podía acordarse de lo que le decía la abuela?

—Shizuka se quitó la vida cuando su marido murió en la guerra.

Notaba a mamá allí de pie, justo detrás de la puerta, pero su voz parecía muy lejana.

—¿Por qué?

—Era una vergüenza vivir sola sin marido. Shizuka era la esposa de un soldado. Saltó al océano y se ahogó.

—Pero ¿por qué vive en este armario?

—Porque este armario está muy cerca del océano. Los fantasmas viven al otro lado de la pared y quieren tirar de nosotros para meternos en su mundo —dijo antes de alejarse.

Como me puse a pensar que Shizuka quería saltar desde el otro lado de la pared para meterme en su mundo, me entró tanto miedo que ya no pude pensar en helados. ¿Era verdad que el océano estaba detrás de la pared? Aunque el aire negro parecía agua hirviendo dentro del armario y yo tenía la piel pegajosa por el sudor, me cubrí con una manta vieja para protegerme de Shizuka.

—¿Hay un fantasma que vive dentro de las paredes?

Ken empezó a llorar y a aporrear la puerta otra vez. Solo tenía cinco años.

—¡Vale ya! —le grité.

—¡Déjame salir!

—No va a abrir la puerta. —Lo tapé con la manta.

—¡No quiero que Shizuka me coma!

—Escóndete debajo de la manta.

Ken me abrazó debajo de la manta. La piel se nos quedó aún más pegajosa. Por una ranura de la puerta vi a mamá de pie delante del espejo, tocándose la cara. Ya se había olvidado de que estábamos en el armario. Se quedó allí quieta hasta que papá llegó a casa y nos dejó salir.

Lisa quería que yo me quedara a dormir en su casa, pero papá no me dejaba. Me preguntó dónde vivía la familia de Lisa y le dije que en Mountain Point. Entonces le cambió la voz y me preguntó si eran hippies. Yo no sabía qué eran los hippies. Papá me dijo que eran gente vaga y mala. Le dije que la familia de Lisa no era ni vaga ni mala, pero papá siguió diciendo que no. Luego se levantó del sofá, fue a la cocina, echó una bebida marrón en un vaso y subió a su despacho. Papá sí que era vago. El padre de Lisa siempre la llevaba a ella y a sus hermanas a hacer cosas divertidas, como ir al cine al aire libre. Papá nunca nos llevaba a ninguna parte.

Papá trabajaba mucho. Trabajaba en un banco que había en un edificio muy alto del centro de San Francisco. Salía de casa muy temprano y no volvía hasta las ocho o las nueve de la noche. Cuan-

do estaba en casa, solía ver la tele en su despacho, solo. Mamá decía que papá había sido soldado en Vietnam, pero yo no me lo imaginaba de soldado. El señor Lehman, que vivía enfrente, había luchado en la guerra de Corea. Una vez nos enseñó a Ken y a mí su uniforme y unas cuantas fotos. Incluso nos dejó tocar la cicatriz que tenía en el hombro. Pero papá no tenía uniformes ni fotos ni cicatrices. Hasta el miércoles anterior, nunca nos había hablado de Vietnam. Cuando Ken y yo volvimos a casa del colegio, papá ya había llegado. Estaba viendo la tele con mamá en la salita, y los dos tenían la cara pálida.

Mamá nos cogió a Ken y a mí de las manos y, cuando nos sentamos entre papá y ella, me abrazó. En la televisión salían muchas personas gritando. Algunas trepaban por una verja y otras formaban una cola muy larga que llegaba hasta el helicóptero que había en la parte de arriba de un edificio gris cuadrado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Acaba de terminar la guerra —contestó papá.

—¡Ah! —Ken dio un salto—. ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado la guerra!

Se puso de pie y empezó a desfilar como un soldado. Mamá tiró de él para que se sentara.

—¿Adónde van? —pregunté.

Todos los que estaban junto al helicóptero parecían asustados.

—Todas esas personas tienen que salir de Saigón. Vuelven a casa, a Estados Unidos.

Papá se levantó y fue a la cocina. Volvió con su bebida marrón y se sentó con nosotros otra vez. Vimos cómo un helicóptero despe-gaba del edificio y luego otro llegaba para llevarse a más gente. Se parecía a la fila que formaban las hormigas cuando encontraban un bicho muerto para transportar la comida hasta su casa. Por el rabillo del ojo, vi que el pecho de papá subía y bajaba. Tenía la frente brillante por el sudor.

Desde ese día, papá llegaba a casa todavía más tarde, casi a medianoche. Decía que tenía mucho trabajo que hacer en la oficina,